



Los primeros 50 años de la Televisión Chilena

Fernando Acuña (editor) [Santiago, Impresión Printer, 2007]

La tesis del libro, expresada por el editor en su Introducción, es que el «desarrollo tardío de la televisión en Chile es el producto del miedo y del temor paternalista de nuestras elites» (p. 13). Sobre esa base se ordenan cinco monografías que permiten dar cuenta de la historia de este medio de comunicación.

En el primer capítulo «Paradojas en los inicios de la televisión chilena», María de la Luz Hurtado cubre la primera década de esta historia (1959-1969), donde los comienzos de la TV están asociados a los experimentos de las universidades - la Universidad Católica de Chile y la Universidad Católica de Val-

paraíso iniciaron sus transmisiones en agosto de 1959 en tanto que la Universidad de Chile lo hizo en noviembre de 1960. Sin embargo, el impacto social fue reducido debido a la escasez de aparatos receptores y al hecho que el gobierno de Jorge Alessandri no asignaba a la TV ninguna función ni educacional ni económica.

Esto hizo que la autoridad permitiera su funcionamiento «de hecho» sin una normativa clara, mientras los intentos privados por realizar transmisiones, como el de la Asociación de Radiodifusores de Chile y demás empresas periodísticas, fueron censurados.

Debido a la existencia de la televisión universitaria y al relativo bajo costo de los aparatos, el campeonato mundial de fútbol de 1962 promovió la primera masificación de esta nueva tecnología (llegando a 20 mil en Santiago y Valparaíso), y aunque en 1963 el debate sobre un estatuto para la TV llegó al parlamento, la idea de legislar fue rechazada manteniéndose el *statu quo*.

Sólo en 1967, en el gobierno de Frei Montalva, se comienza a gestionar un canal estatal, el que finalmente se concretaría con el nacimiento de Televisión Nacional de Chile (TVN) en 1969. Mientras tanto, el Canal 13 de la UC se desarrolla al amparo de un modelo que juntaba aspectos de la TV de servicio público europeo y la TV comercial norteamericana.

En términos generales, la propuesta inicial de la TV chilena fue original al compatibilizar las demandas políticas con la televisión educativa y cultural, junto a un canal estatal que, por gubernamental y monopólico, pudo ser controlado por el gobierno de turno.

El segundo capítulo del libro está a cargo de Claudio Rolle: 'De Televisión Nacional a televisión nacional' y cubre el periodo 1968 - 1978.

Como existía la idea de establecer una red nacional de televisión dependiente del gobierno, se optó por crear una sociedad de responsabilidad limitada, filial CORFO. Así, «Televisión Nacional» se financió originalmente con fondos provenientes del Ministerio de Educación advirtiéndose que debía transitar hacia el autofinanciamiento. Aunque la mayor parte de su programación se realizaba en Santiago, se aspiraba a establecer productoras en algunas cabeceras de provincia y ya existían estaciones regionales en Arica, Antofagasta, Talca, Concepción y Punta Arenas.

Ya en julio de 1969, los canales de la U. de Chile,

la UC y TVN hicieron la primera transmisión en cadena y vía satélite, con ocasión de la llegada del hombre a la Luna, la que fue vista por casi tres millones de chilenos (p.81).

En la UC el proceso de reforma significó la implementación de un proyecto propiamente universitario que vinculaba al canal con la vice rectoría de comunicaciones, la Escuela de Artes de la Comunicación (EAC) y el Departamento de Comunicación Audiovisual (Decoa). En la Universidad de Chile, la reforma universitaria llegó de la mano de una identificación como espacio de la izquierda política y de apoyo a los postulados de la Unidad Popular. El resultado fue una propuesta televisiva autónoma del proyecto universitario.

El conjunto de la televisión chilena mostró su rol con ocasión de las elecciones presidenciales de 1970. Para ese entonces TVN ya había adquirido carácter genuinamente nacional pues sus transmisiones alcanzaban a 21 ciudades además de Santiago.

A raíz del triunfo electoral de Salvador Allende se discutió la legislación que buscaba establecer un estatuto para la televisión chilena. En menos de un mes se llevaron a cabo las discusiones parlamentarias y la ley fue promulgada en octubre de 1970. En ella se ratificaba a TVN como canal nacional, se autorizaba a los canales universitarios de Santiago a extender sus transmisiones, a la vez que se les exigía convertirse en Corporaciones de derecho público, y se creaba el Consejo Nacional de Televisión con representantes de los canales y de los tres poderes del Estado.

En los meses siguientes los diferentes canales adoptaron estrategias diferentes: Canal 13 se consolidó con las mayores audiencias según las encuestas de opinión y progresivamente se identificó con las opciones políticas de la oposición a Allende. El canal de la Universidad de Chile optó por la transmisión de programas culturales latinoamericanos, y se autonomizó completamente de la autoridad universitaria, a tal punto que a partir de junio de 1973 aparece Canal 6 como vocero de la Corporación de Televisión de la U. de Chile, mientras la Corte de Apelaciones determina el fin de las transmisiones de Canal 9. TVN por su parte, se abanderiza con el proyecto político de Allende a través de su departamento de prensa.

A partir del golpe militar los canales son intervinidos, al igual que las universidades, y TVN se alinea incondicionalmente con el gobierno. Esto

genera una progresiva pérdida de influencia de los noticiarios y la preponderancia de la programación masiva: festival de Viña del Mar, fútbol, telenovelas, series envasadas de procedencia norte americana y programación familiar. Entre las pocas innovaciones es posible destacar el programa de educación a distancia Teleduc (1977).

En 1978, y con ocasión del campeonato mundial de fútbol, se inician las transmisiones en colores con el consiguiente aumento de los costos y una serie de cambios en la publicidad (también aparece el control remoto). Todo ello en medio de un «apagón cultural» y de la domesticación de los telespectadores que, no obstante, comienzan a tener acceso a las informaciones sobre los horrores del gobierno militar por otros medios.

El periodo analizado termina con la primera Teletón que pone de manifiesto el poder de la televisión como medio «nacional».

El tercer capítulo, a cargo de Diego Portales, se titula «Luces y sombras de la televisión chilena en los años 80». Se inicia con las transmisiones a color y abarca hasta la campaña del plebiscito de 1988. La hipótesis central es que durante el periodo, la televisión chilena está marcada por la restricción informativa y la obligación del autofinanciamiento de los canales sobre la base de la publicidad.

En el contexto del ya citado «apagón cultural» y del *boom* económico los canales aumentaron la producción nacional y realizaron inversiones en tecnología, infraestructura e innovación. Como se aludía a la banalidad de los contenidos, los creativos establecieron una obligatoria franja «cultural», en la que cabían tanto la opera internacional, los concursos sobre conocimientos culturales y 'teatro' de dudosa calidad.

La crisis económica de los inicios de los años 80 impacta fuertemente a la televisión y el Estado da señales contradictorias: se suceden cambios de directores de TVN, reducciones de personal, y una programación de bajo costo. En 1984 se autoriza el funcionamiento de la TV por cable y, a partir de 1985, la gestión de los diferentes directores de TVN se lleva a cabo sin ningún «cuidado por el futuro institucional de la empresa subordinando su quehacer a los imperativos y prolongación del régimen de Pinochet» (p. 155).

Entre 1985 y 1986 se produce el debate sobre el Anteproyecto de Ley de nuevo Consejo Nacional de

Radio y Televisión provocando la reacción de los radiodifusores, los académicos, los partidos políticos, los obispos y otros actores sociales; discusión que continuará en 1987 centrada en el tema del acceso a la televisión de los diferentes actores políticos.

La visita del Papa a Chile en abril de 1987 constituyó también un desafío para la TV. El Gobierno pretendió manipular las transmisiones entregando la señal oficial a canal 7, en tanto que la Comisión organizadora de la visita, nombrada por la Iglesia se la asignó a Canal 13, que transmitió íntegramente la visita, los discursos, y los traslados. A pesar de ello el gobierno de Pinochet, trató de evitar que los espectadores accedieran a la transmisión de los testimonios directos de jóvenes, pobladores, sindicalistas y otros, reemplazando en esos momentos la señal oficial por las opiniones de 'expertos' afines a la dictadura que 'explicaban' el sentido de la visita papal.

En el periodo que cubre este capítulo, se destacan algunos programas emblemáticos y actividades que perduraron como la Teletón, *Informe Especial y Mundo*.

En conjunto puede hablarse de una televisión con control periodístico exacerbado, y por ello, de un tiempo sombrío con algunos destellos de creatividad.

El cuarto ensayo, «Los años de la siembra» de autoría de Sergio Godoy abarca el breve periodo 1988 - 1992. La tesis es que en estos años se establecen los elementos fundamentales del sistema televisivo chileno contemporáneo. El análisis avanza anualmente destacando lo fundamental de cada uno.

Así, 1988 fue marcado por la franja de propaganda televisiva a propósito del plebiscito de octubre de ese año para decidir la sucesión de Pinochet. La franja de la alternativa 'Si' se realizó a partir de una premisa que resultó errónea: la poca importancia de la TV y un mal diagnóstico de aquello que la gente quería de esta (p.190). La franja del 'No' en cambio mostró una coalición política creíble, conciliatoria y preocupada del futuro y que «fue decisiva para los resultados electorales» (p. 197).

El año 1989, por su parte, se caracterizó por los foros y programas políticos que culminaría con el primer debate presidencial televisado. Además, en 1990 hace su aparición la TV privada la que, tras muchos desafíos y desequilibrios durante sus primeros años, logra su estabilización una década más tarde. Por su parte TVN entra en un periodo de austeridad

a partir de 1990, reduciendo gastos y personal e innovando en contenidos claves como las noticias y la apertura a productoras independientes, Todo ello redundó en una milagrosa resurrección.

Paralelamente se llevaba a cabo la discusión de un nuevo marco jurídico para la TV que reemplazaría al fijado en 1970. Éste resultó ser liberal en términos corporativos y económicos, y a la vez sometido a supervisión de los contenidos, todo lo cual se tradujo en la ley de 1992.

El quinto capítulo a cargo de Valerio Fuenzalida trata de «La TV chilena desde 1992 hasta el presente» (2007).

Dos aspectos marcan el inicio del periodo. Por un lado, la nueva legislación convierte a TVN en una canal público del Estado chileno normado por un directorio plural y representativo de las diferentes sensibilidades políticas. Por otro, se reforma el Consejo Nacional de Televisión como organismo con autonomía del gobierno, encargado de conciliar los deberes propios de la televisión con la diversidad, la libertad de expresión y programación. Además, también se introduce el *people meter* como mecanismo de medición de audiencias, lo que significó que algunos programas experimentaran alguna erosión de sintonía, y exigió un mayor cuidado en la calidad de los productos emitidos.

Un sub capítulo importante está dedicado a la evolución de los noticiarios (pp. 219 - 225) de cada uno de los canales, y otro a un análisis de los canales privados en términos de sus líneas editoriales, estrategias programáticas y gestiones directivas, aludiendo con detalle a los mismos aspectos de los canales tradicionales (pp. 226 - 248).

La última parte, analiza con detención la programación del conjunto de la TV chilena, donde se distinguen tres grandes formatos que entremezclan la compañía de entretenimiento con algunas formas de servicio al público: matinales, programas judiciales y programas de consulta y orientación pública. Sin embargo, a partir de 1992 se advierte «una lenta pero creciente exhibición de programas que abordan la actualidad nacional con mayor profundidad que los noticiarios. Como reportajes de investigación y espacios de debate socio - cultural» (p. 251).

Los programas estelares y de espectáculo, por su parte, habitualmente ocupan el horario *prime*, donde por lo general se importan fórmulas traídas

del extranjero: musicales, de concurso y humor, de conversación, y aquellos donde la TV chilena se torna autoreferente y farandulera. Finalmente, se instala el género de los *reality show* a partir de 2003 con éxitos disímiles.

También aparecen los programas culturales referidos a literatura, plástica, difusión científica y tecnológica, cine, arquitectura, desarrollo del mundo rural chileno, medio ambiente, filosofía y otras expresiones.

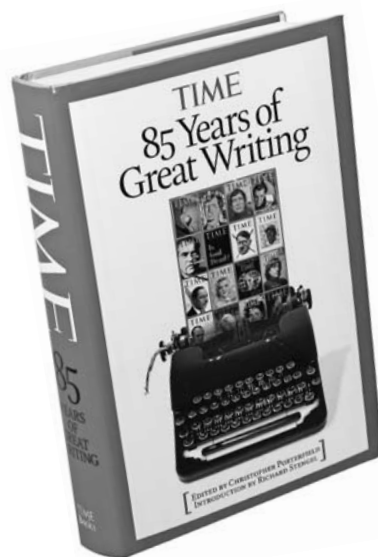
Por su parte, 43 estaciones regionales de televisión abierta han tenido programación basada en información, actualidad local y contenidos envasados. En cuanto a la TV por cable, aunque diversos empresarios de pequeño tamaño iniciaron operaciones en prácticamente todas las ciudades de Chile, hacia el 2004 el mercado se concentraba en dos operadoras con paquetes básicos de programación y ofertas *premium*. El año 2007 la TV de pago (cable más satelital) mostraba una penetración sobre el 35% de los hogares.

Entre las tendencias generales del período se observa una clara preferencia por el consumo de programas nacionales que llega al 66% de la audiencia, mientras ésta permanece estable para los noticiarios. En materia industrial es posible advertir una competencia cada vez más estrecha, que pone de relieve la importancia del gobierno corporativo, las políticas editoriales y la gestión en decisiones estratégicas.

Por último, el autor señala que aún está pendiente la definición del estándar técnico para la TV digital, lo que traerá modificaciones en el «modo de operación de los canales, el financiamiento de los nuevos canales y el ordenamiento jurídico» (p.281).

En suma, el conjunto del volumen es desequilibrado. Algunos de los capítulos dan cuenta con solvencia del período analizado y de sus avatares; otros, a ratos, se quedan en la anécdota más o menos pueril, o en enumeraciones que podrían haberse incluido en anexos. El libro además concluye con un conjunto de 50 breves testimonios de actores directos del quehacer televisivo chileno, y en un semejante conjunto los aportes son de variada calidad y significación.

Matías Tagle



85 Years of Great Writing in Time (1923 – 2008)

Christopher Porterfield [editor] (Time, 2008)

Hacer un compilado de los mejores escritos de la revista *Time* no debió haber sido fácil. Si ya es arduo y complejo recolectar el mejor material de cualquier cosa, más aún si se trata de los 85 años de una de las publicaciones más influyentes en la historia del periodismo.

El gran problema radica en que *Time* no sólo ha sido parte del acontecer mundial, sino que en varios casos lo ha reportado y escrito de forma magistral, y por ende, hay mucho material de donde elegir. Desde la segunda Guerra Mundial y el lanzamiento de la bomba atómica, pasando por el asesinato de John F. Kennedy hasta la mediática muerte de Lady Di, *Time* estuvo ahí publicando lo que había que saber.

Los creadores de la revista, Briton Hadden y Henry Robinson Luce, se plantearon desde un comienzo una sola filosofía periodística que definía el concepto

de *Time*. Para ellos, la idea no era promulgar «los prejuicios liberales o conservadores», sino que mantener a las personas bien informadas. «La revista está para transmitir noticias, no argumentos, y sólo se aproxima a la controversia cuando es necesario para hacer énfasis en la noticia», acotaron en su momento.

Por eso los textos de *Time*, más que noticia dura, son una selección del acontecer noticioso más importante, con el fin de situar, contextualizar e interpretar, de forma concisa y amena, lo relevante de la semana.

La revista no sólo parte de la premisa de que el rol del periodismo es «informar y educar» o tiene como ley el tener mínimo tres fuentes de información original (para un artículo «equilibrado»), sino que además cuenta con un estricto manual de estilo, *Writing for Time*. Este último incluso ha sido considerado clave para el éxito de la revista, tal como explica Norberto Angeletti en su libro *Revistas que hacen e hicieron historia*.

Esto añade otro problema que dificulta la selección. Hablar sobre los artículos de la revista *Time* es, a fin de cuentas, hablar de un modelo de escritura que hizo que la revista pasara de vender 9.000 ejemplares en sus inicios en 1923 a 3.4 millones (en un año malo) el 2007. Este modelo se aplica a la gran mayoría de los escritos, si es que no todos, pues está delineado por claros criterios de redacción, estilo y formato.

Todo texto que se escribe para *Time* cae en manos de un supervisor, quien verifica el seguimiento de las premisas del manual. En él se desglosa lo que requiere un artículo para ser bien escrito en el *estilo Time*: en la apertura, un gancho que «pegue fuerte», luego un mapa del artículo, con una explicación de por qué se escribe el artículo en ese momento, después el desarrollo de la historia o tema con mínimo tres fuentes y un remate que remita al comienzo con algo irónico, cómico, o que sea emotivo para el lector.

Algo obvio, pero que sumado al estilo cortante, las oraciones inversas y las descripciones que hacían de los personajes en la revista, resulta un claro modelo que es, en un todo, imitable: una técnica.

Aunque en la introducción de este libro recopilatorio, Richard Stengel, el actual editor de la revista, lo primero que hace es negar dicho modelo, reconoce que la gente asocia *Time* con una forma particular de escribir, pero que éste va más por la funcionalidad de las palabras: brevedad, detalles precisos y fluidez. Sin embargo, bajo un molde como ese la creatividad del reportero o columnista se ve potenciada por un